

(128)

mi suerte. ¡Respetable Shechem!
¡Eva interesante! ¡quiera el cielo
que un sentimiento de compasión
disipe, si es posible, el horror que
debo inspiraros! Soi demasiado
desgraciado para no ser compade-

CAPITULO XI.

La lectura del manuscrito de Teodoro se habia ya concluido: Eva le habia vuelto á poner sobre la mesa. «¡Ah! dice ella anegada en lágrimas, y reprimiendo apenas sus sollozos, ¡mi loca pasión aumenta sus desgracias! ¿Pero por qué nos ha dejado? No debía suponerlos capaces de hacerle traición.

— Tampoco lo ha creído, hija mia, dice Shechem: semejante sospecha le hubiera impedido dejarnos este manuscrito: á mas de es-

to, su accion, tan terrible como es, ha librado al mundo de un malvado, y en este concepto me atrevo á juzgarla mui recomendable. Sin embargo, Teodoro es culpable por haber violado las leyes de la sociedad. Si fuese permitido á los hombres hacerse justicia por sí mismos, el mas puro, el mas virtuoso estaria continuamente expuesto á sufrir los tiros de la calumnia y de la audacia: no habria jamas seguridad en la vida de los particulares, y la tierra entera no seria mas que una vasta carnicería: es preciso resignarse á sufrir los males parciales, aunque bien sensibles, para librarse de la calamidad mas horrorosa mil veces, pues que seria general.

Yo os creo, padre mio: ¿pero no habrá algun medio de hacer volver con nosotros á ese desgraciado? Yo participo de su espíritu y valor: he llegado á querer á su Elisa, y espero (Eva bajó la voz al acabar esta frase) volver á hallar la fuerza de ser superior á una debilidad cuya inutilidad conozco.»

¿Pero lo esperaba? Lo mas seguro es dudarle para no correr el riesgo de adoptar un error. Como quiera que sea, Shechem, encantado de las disposiciones de su hija, y no pudiendo menos de considerar á Teodoro como desgraciado y no como culpable, se decidió fácilmente á hacer investigaciones para descubrirle: ¿pero có-

(132)

mo realizarlo? ¿Podía lisongearse de lograrlo sin dar indicios propios para descubrir al que quería salvar? Por consiguiente semejantes diligencias hubieran producido el efecto de una denuncia en forma, poniendo á este desgraciado jóven bajo la cuchilla de las leyes. El servirle así ¿no era conspirar directamente contra sus dias?

Estas reflexiones, demasiado ciertas, hacian infructuosas las buenas intenciones de Shechem: no le quedaba mas que la esperanza de ser conducido sobre las huellas de Teodoro por alguna circunstancia imprevista. En cuanto á Eva, retirada en su cuarto con el fatal manuscrito, le volvió á leer

(133)

aun mas de una vez. El destino de los Hansones, el de los Simpsons le arrancaban lágrimas de dolor, y dirigia al Dios de Abraham las mas fervorosas súplicas por la vida de Teodoro. A vista del riesgo inminente que corria, se desvaneció aquel espíritu varonil que ella miraba como un deber: se estremecia de horror pensando que el hombre, cuyo corazon, á pesar de sus estravíos, era el santuario de todas las virtudes; aquel que la habia arrancado del mas horroroso peligro; el primero que la habia hecho sensible, ¡pereceria acaso en un patíbulo!!! Estas ideas la enagenaban, la ponian fuera de sí, y su imaginacion discurria mil expedientes, todos mas

impracticables los unos que los otros. Tan pronto formaba la resolución de marcharse de la casa paterna á favor de un disfraz; de ir en busca de Teodoro, y despues de haberle hallado velar por su persona como su ángel tutelar. Tan pronto queria irse á echar á los pies del padre de este jóven y arrancarle el perdon de su hijo; pero estos proyectos, concebidos en el delirio del dolor, no resistian al exámen de la razon, que los rechazaba como quiméricos.

El mismo dia de la partida de Teodoro, Shechem escribió á Eduardo con toda la circunspeccion que el interes de su amigo hacia necesaria: le decia solamente:

«Que estando encargado de entregar papeles importantes á Elisa, deseaba tener noticias sobre su suerte y la de sus hermanas: añadiendo sin embargo, que celebraria mucho el verle si sus asuntos ó sus placeres le conducian á Londres, para comunicarle ciertas circunstancias que acaso celebraria saber.» Shechem no se atrevió á esplicarse mas claramente en una carta confiada al correo.

Algunos dias despues, un sujeto de la curia, á quien acostumbraba emplear en sus asuntos litigiosos, fue á buscarle para comunicarle los progresos de un pleito que Shechem resolvió abandonar por no gustarle hacer anticipaciones inútiles ó de un rein-

tegro cuando menos incierto.

Este hombre en el discurso de su conversacion dijo que queria consultarle sobre una cuestion que se le habia propuesto: esta cuestion se reducía á saber, si á falta de legítimo heredero de una propiedad, ¿podia entrar en posesion el heredero mas inmediato?

«Amigo, responde Shechem, la palabra *á falta* me parece aqui mui equívoca: para resolver esa cuestion es preciso espresar bien los términos.

— La formaremos de otra manera: el segundo heredero ¿puede entrar al goce habiendo perdido la razon el primero?

— Seguramente, siempre que con claridad se estipule que este

volverá á entrar en sus derechos si recobra la razon.

— Ved aquí en pocas palabras á lo que se reduce el asunto. El heredero de una inmensa fortuna, deseando disfrutarla, se ha deshecho del poseedor: el autor del asesinato ha sido descubierto, y se halla oculto por librarse del suplicio: se alega que está loco; y si no es castigado de muerte como homicida, debe ser encerrado por toda su vida: se trata, pues, de saber si en este último caso el heredero que le reemplaza, ¿podrá entrar al momento en posesion de los bienes?

— Yo no lo creo, dice Shechem, á quien habia inmutado esta esplicacion, encendiendo el color de

su cara : ¿no sabes que un acusado es reputado inocente hasta su condena , y que por consecuencia sus bienes no pueden pasar á otro sino despues que la ley haya pronunciado sobre su suerte? Todo lo que puede hacer en semejante caso , es poner los bienes en secuestro. ¿Pero no te sorprende la codicia de tu cliente? Me parece, si no me engaño , que le conozco.

— El asunto ha hecho bastante ruido , y podeis acaso estar ya informado ; por lo demas , yo soy de vuestro sentir sobre la codiciosa impaciencia de....

— ¿El escudero Cyphon , no es verdad? repuso Shechem , interrumpiéndole. Su conducta le cubre de un oprobio eterno. No con-

tento con haber ofrecido dos mil libras esterlinas al delator que entregue al verdugo á su propio hijo , no quiere ni aun esperar su muerte para apoderarse de unos bienes de que , sin el crimen de ese jóven , jamas hubiera sido dueño....»

Shechem entregaba á la execracion este padre desnaturalizado que sacrificaba su propia sangre á la sed del oro , y por el vano placer de heredar una plaza de un hermano. En vista de una conducta tan atroz , nada veia ya que le admirase en esta multitud de crímenes y de convulsiones sangrientas , provocadas por la ambicion de los hombres.

Eduardo no respondió á su

carta. Sin duda , decía Shechem, que ya Teodoro le es odioso. Esta sospecha no duró mucho tiempo, pues habiendo llegado Eduardo á Londres , le hizo ver que solo iba en busca de su primo en casa del buen israelita.

Frustróse su esperanza , pues ni aun él mismo pudo dar noticia alguna á Shechem sobre la suerte de Elisa : nadie se habia presentado en nombre de esta desgraciada muger para recibir la porcion de bienes que le habia sido legada por Teodoro. Sin fortuna y sin medios de proveer á su subsistencia, habia sucumbido, segun todas las apariencias, al exceso de su desgracia.

En cuanto al escudero Cyphon,

su vida no era mas que una cadena de terrores que renacian sin cesar. Bajo y cruel , insoportable á sí mismo y á los demas , el aspecto de un semblante sereno le ponía furioso ; la felicidad de otro hacia su suplicio : todo cuanto le rodeaba respiraba la tristeza , la violencia y el espanto : no habia precauciones que no tomase para escapar al puñal , que creia ver siempre dirigido contra su seno. Habia hecho enrejar las ventanas de su cuarto , en el que no se entraba sino por una puerta mui estrecha. Cuando le llevaban de comer ó de beber , su criado comia de todo antes que él ; tanto era lo que temia que le envenenasen. Su sueño era penoso , y fre-

cuentemente interrumpido; se levantaba siempre á media noche para coger sus pistolas y ponerse en estado de defensa, soñando que llegaban á atacarle; sin ninguna comunicacion con sus vecinos, estaba confinado en su casa como en una prision, entregado á todas las agitaciones de una conciencia atormentada.

«Hé aquí la suerte de los malvados, dice Shechem: no pudiendo disimular el horror que inspiran, creen sin cesar que va á herirles un rayo invisible del horror y de la venganza: la muerte está continuamente delante de sus ojos: sufren sus angustias mil veces antes que llegue.... ¿Pero es posible que Cyphon no se estre-

mezca al ver espirar á su hijo en un patíbulo?

— En verdad, repuso Eduardo, yo le creo capaz de todo si mira su muerte como necesaria á su propia seguridad. Sin embargo, su orgullo recibiria un golpe terrible; y eso es lo que le estimula á publicar que el asesinato del lord D... es un acto de demencia, como él justifica por el mismo motivo las precauciones que toma para sí mismo. Ofreciendo dos mil libras esterlinas al que prenda á su hijo, ha tenido por objeto, sin duda, el asegurarse de su persona, y tenerle encerrado por toda su vida.

Eva estaba desolada viendo que no se recibia ninguna noticia

de Teodoro. ¿No era bien culpable de guardar un silencio que sabia debía afligir á sus amigos? ¿Pero quién podia adivinar su situacion actual, y los peligros de que estaba rodeado?... Tales eran las reflexiones diarias de Eva : á cada momento temia saber el arresto de Teodoro por los mismos agentes de su tio , ó por los empleados de la justicia.

Eduardo pidió permiso al bueno de Shechem y á su amable hija para volver á sus tierras, donde pasaba su vida en una indolente irresolucion : no habia hallado aun sino una sola muger que simpatizase con su corazon ; y esta muger , á quien no faltaba sino la riqueza de que él estaba

abundantemente provisto , era la que estaba decidido á unir á su suerte : tanto influyen ciertas preocupaciones ridículas sobre la conducta de los hombres , aun los mas á propósito para disiparlas.

CAPITULO XII.

Muchos meses se pasaron, y nada se oia hablar de Teodoro: la idea de no volverle á ver mas desesperaba á Eva. Shechem no habia hecho sino inútiles investigaciones; y sin embargo de ser inútiles, no podia menos de admirar una vigilancia que burlaba todas las pesquisas de la justicia, las que una promesa de dos mil libras esterlinas debia hacer tan activas, y en fin, todas las diligencias de la amistad.

Shechem habia visitado todos

(147)

los navíos pertenecientes al comercio de levante, persuadido de que Teodoro, que hacia ya tiempo deseaba pasar á la Arabia, habria vuelto á empeñarse en realizar este proyecto, y se hallaria ya acaso embarcado; pero todas las diligencias que practicó en este concepto no tuvieron suceso mas feliz que las demas. En uno de estos buques fue donde halló un joven, tostada la tez de su cara por el sol, pero que sin embargo tenia el aire de ser un inglés; creyó hallar en él cierta semejanza con Elisa, y por esta razon le miró con tanto cuidado.

Habiendo trabado conversacion con este jóven, supo que llegaba de Alejandria. «Tengo un diaman-

te bastante precioso, de que quisiera deshacerme, le dijo este despues de haber conferenciado un rato con Shechem: me parece que vos podriais aconsejarme y dirigirme en esta clase de negocios, y tendria un placer en consultaros. Shechem le prometió su consejo, y le invitó á ir por la noche á su casa.

El buen israelita esperó con impaciencia la hora de la cita, admirado de verse tan favorablemente opinado de un hombre que le era desconocido. «No puede ser, decia él entre sí, sino por venir de una ciudad donde yo he estado la mayor parte de mi vida.» Llegó en fin, y Shechem le condujo directamente á la biblioteca, lo

que no habia hecho aun por nadie.

El incógnito le mostró el diamante que queria vender: Shechem le ofreció una suma que fue aceptada, y el jóven le hizo su recibo, firmándole bajo el nombre de *Jason Hanson*.

«Perdonad mi curiosidad, dijo Shechem al ver la firma: ¿los Hansones de *W*.... son parientes vuestros? El aire de semejanza con esta familia es lo que me ha hecho desear hablaros. Hacedme, pues, el favor de decirme si he acertado.»

El jóven admirado fijó su vista en Bensadí, y estuvo algunos momentos sin responder; pero no imaginando que tuviese peligro en

(150)

ser franco en aquel momento, confesó que era el hijo del ministro Hanson, y preguntó con interes á Shechem si podia informarle de la suerte de su familia.

«¡Amigo mio! responde este con voz trémula, y enjugando las lágrimas que asomaron á sus ojos, yo he sabido que has sido enviado á Bombay: ¿cómo es que vuelves de Alejandría?

— Es una relacion que mi impaciencia no me permite haceros en este momento; pero os suplico no me tengais mas tiempo suspendido sobre lo que mas me interesa; yo temo no ser la sola víctima del mónstruo que ha jurado mi perdicion.

— ¡Ah! ¡el malvado nunca estaria

(151)

completamente satisfecho si el desgraciado objeto de sus venganzas no viese todo el peso del infortunio sobre él, y sobre cuanto pueda interesarle!!! Lo que voi á decirte llagará sin duda tu corazon como al mio: es un tormento demasiado fuerte para mi decrepitud, y me parece minorar su peso en comunicártelo. Este manuscrito que ha dejado tu desgraciado amigo Teodoro, te convencerá de que la felicidad sobre la tierra no es el patrimonio de la virtud.»

Shechem, despues de haber confiado el manuscrito á Hanson, se retiró al cuarto de su hija, que en este momento tocaba el harpa para distraer su melancolia.

El dolor, la desesperacion, la

rabia, mil sensaciones tumultuosas y encontradas agitaron alternativamente el corazón de este joven, leyendo rápidamente aquel fatal manuscrito. Cuando llegó á la muerte de Teodorico: «¡Bien, bien, mi noble amigo!!! exclamó: es un acto de justicia.» No tardó en reemplazar el impulso de la venganza al enternecimiento. Las desgracias de su familia, la suerte horrorosa de Elisa y la de Teodoro le arrancaron lágrimas de dolor, y corrian aun cuando Shechem volvió á presentarse.

Este le refirió cuanto sabia relativo á Teodoro, así como las diligencias inútiles que habia practicado por volverle á hallar desde su desaparición. Eva anunció es-

tar la comida ya en la mesa, y Hanson fue invitado á quedarse. El afecto que demostraba Bensadí, le daba libertad para dar rienda suelta á las espresiones de su dolor, y le fue muy grato el convite que aceptó, consintiendo tambien en tomar por aquella noche un cuarto en casa del buen Shechem, en vista de que no tenia necesidad de volver á la embarcación.

Este infeliz joven tenia bastante necesidad de consuelo. Regresando á su patria con una fortuna considerable que pensaba consagrar á su adorada familia, en el momento en que se creia dueño de realizarlo y ver cumplidas sus lisongeras esperanzas, sabe la desgraciada muerte de su padre y de

(154)

su madre, la ruina y dispersion de sus hermanas!!! ¡Qué revés tan horroroso!!! Si medita una venganza ejemplar, si en el esceso de su desesperacion jura arrancar la vida al infame cómplice verdugo de sus padres, ¿cuál será el buen hijo, el hermano sensible que no trate de disminuirle su crimen?

A la mañana siguiente Shechem salió con él, y le ayudó en el arreglo de algunos negocios interesantes, recibiendo al mismo tiempo en su casa, segun Hanson se lo habia suplicado, dos baules, que decia contenian efectos preciosos que queria depositar en parage seguro.

Bensadí no le ocultó la sorpresa que le causaban unas riquezas

(155)

adquiridas en tan poco tiempo por un hombre, que segun confesaba, no habia ocupado ninguna de estas plazas tan numerosas en la India, donde hai el privilegio de oprimir á los desgraciados habitantes y enriquecerse con sus haciendas.

«Vuestra admiracion es bien natural, dice Hanson: yo nunca he sido mas que soldado, y en este momento veis en mí un desertor. Si mis aventuras pueden interesaros, estoi pronto á comunicaroslas, para corresponder á la honradez y estimacion con que me tratais.»

Bensadí y su hija aceptaron la proposicion con mucho placer, y Hanson les hizo la relacion siguiente.